

*Tercer lugar*

## QUÉ AGUADA ¿NO?

Eduardo Zanabria Martines\*

Cubeta en mano, y en plena pista, Abelardo es interceptado por Socorro y su intrépido escuadrón de necesidades fisiológicas.

—Oye —media vuelta de Abelardo y— ¿puedo pasar al baño?

—No sólo puedes, sino que debes —pero Socorro, a pesar de la tierna cara de baboso que pone Abelardo, como diciendo “qué buen chiste ¿no?”—, ni ríe ni sonríe, antes bien, como que se compunge y casi regresa por donde vino si no es que Abelardo, —sinceramente arrepentido—, le aclara. Qué mal chiste ¿no? ¿Me creerías si te digo que lo dije sin querer...?

El baño es un cuarto chaparro sin aplanar, piso de concreto untado de lodo y moteado de papeles empapados (fuchi, qué cochinos, dice la comadrita, mientras posa su erizado trasero en el óvalo de la taza). Yace a un costado de la casa, también chaparra y sin aplanar, con una antena a modo de rosa de los vientos.

Abelardo vacía la taza, el agua se arremolina, la taza engulle y eructa sin discreción alguna. Olfateo riguroso y Abelardo considera soportable el olor, por lo cual invita a Socorro a pasar. Afuera, ya lo acecha su hermana Enriqueta.

—¿Otra vez tú? Te dije que dejaras que ellos lo hicieran, Abelardo.

—Es igual, Queta. Bueno, a mí me da lo mismo.

—Ni es igual ni da lo mismo. ¿Ya se te olvidó que la fiesta es de ellos? Tú no tienes por qué limpiar nada. Qué fregones ¿no?, ellos allá pa-

\* ENEP, Acatlán.

rándose la cola y tú aquí acarreando agua.

Indefinible risita del hermano. Enriqueta tiene razón, pero él está aburrido y, además de bostezar, no halla otra cosa en qué ocuparse. Claro, le hubiera gustado ocuparse de dormir, pero con los invitados y la cumbia y el rocanrol ora sí que no dormiría como él sabe. Y además, Quetita trompuda, qué bien te sienta el berrinche, canija, si el tío y su prole gustan de hacerse de la vista gorda, bueno, pues allá ellos ¿no?

Apenas salida del baño, Socorro frena más que compungida, se bambolea nomás de pensar que Abelardo, paradote como menso a unos pasos, la ha observado por el cuadro de la ventana sin vidrio. A pesar de lo cual, sacando fuerzas de flaqueza, y sobre todo de la convicción de que no le queda otra, se acerca y pide la cubeta.

—¿Quieres agua?

—¿Tú qué crees? —pero la hosquedad socorriana se desinfla más rápido que pronto, apenada por su mala educación y su peor desagradecimiento, sin contar con que la luz del patio le pega de frente y, conciliadora, se apura a remendar el cortón—. No sirve la taza ¿verdad?

—Sí sirve, lo que no tenemos es tinaco —y Abelardo alza la vista, dándose cuenta que las estrellas hacen denodados esfuerzos por resplandecer.

—Con razón. Bueno, préstamela ¿no?

—No te apures, para eso estoy yo —raudo y eficiente, Abelardo entra ignorante del bache dubitativo en que atasca a Socorro, que mete

reversa-primera-reversa y mejor primera y sale, también entra.

—¿Es tuya?

—¿Cuál?

—La sangre.

—¿Cuál?

—Es sangre ¿no?

—¿Sangre?

—¿O a poco es mole?

—No... No sé...

Más agua y lo aconsejable es tapar la taza y asunto olvidado. Y recoger un pedazo de jabón que por regular (un día resbaló con uno al grado de amolarse tres dedos, un codo y otros huesos susceptibles) representa una amenaza.

—Como todo un chiquero ¿no?

—¿Eh?

—Esto —dice Abelardo, señalando el piso de un vistazo.

—Ah, no me había fijado.

Chaparro y estrecho, el baño se presta para una vaga pero envolvente intimidad, en la cual Abelardo descubre, qué raro ¿no?, la confianza con que bla bla bla y muy muy. Pero también atisba el embarazo de once meses, el bochorno de siglos que aflige a la pobre chava.

—Estás sangrando ¿verdad? 'Uta, qué pendejo de veras, cómo se te ocurre preguntar semejante cosa, ¿acaso no te conmueven esos ojitos que con las uñas se aferran al cuadro de la ventana celeste, en cuyo fondo reposa la uña de la luna?

Con oportunidad y buen gusto, en ese preciso momento irrumpe la cumbia salvadora y Socorro como que agarra aplomo y trata de despedirse.

—Gracias ¿eh?, nos vemos.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—Nos vemos.

—No sé, es un decir ¿no?

—Espérame, orita platicamos.

—No, ya me voy ¿eh?, nos vemos.

Ya frente a los bailadores, sentada y todo Socorro no deja de molonquearse, de removerse como si chinches iracundas y pudorosas le royeran el ánimo, pues considera que le hizo a la loca con el cuento de la cubeta, debió salir del baño y desaparecer a la voz de ya, qué importaba que vieran la sangre, si al cabo nadie la conoce, pero no, necia con que tenía que limpiar la taza. Si ese entrometido no hubiera estado ahí de metiche. ¿A quién se le ocurre andar de afanador en una fiesta?

El tío Tobías sale de la casa y se dirige al rincón donde Enriqueta y su novio bailan.

—Oye, Queta, ¿y Abe?, dónde anda que no lo veo.

—¿Lo buscabas?

—Sí, mira... ¿Sabes qué?, ya se acabó el... la bebida y quería ver si Abe nos hace el favorcito de ir a la vinat...

—Manda a uno de tus hijos, tío, Abelardo está ocupado.

—¿Ocupado? Ah, sí, no sirve la taza ¿verdad? Ah, qué caray... Oye, ¿y no podría dejarlo un momentito?, la vinatería no está muy lejos...

—¿Y tu nieve, de qué la quieres?

—¿Mi nieve? Ah, qué Queta, me encanta tu sentido del humor. Con permiso ¿eh?, veré si uno de mis muchachos quiere ir.

El tío se escurre entre las parejas, huyendo de los ojos barrenadores de Queta, que voluntariamente se traba del coraje e involuntariamente se recarga en uno de los postes que elevan la lona.

Abelardo regresa del baño y se detiene para aplicarse en la búsqueda

de Socorro. Tal como la ve en ese momento la recordará por mucho tiempo: sola y encorvada, apagada y endeble, tan reducida que parece que nunca nadie la ha sacado a bailar. A pesar de lo cual, o quizá por eso mismo, prosigue su marcha y se sienta junto a ella.

—Qué aguada ¿no?

—Sí ¿verdad?

Temeroso de meter la pata, pues su comentario se presta a confusiones, Abelardo se apresura a precisar.

—La fiesta.

—Ah.. yo pensé que...

—No, no lo dije por ti.

Hablan sin mirarse. Tienen la coartada de observar las evoluciones de los bailarines. De pronto, Abelardo bosteza abiertamente, como si pretendiera llamar la atención. De pasada, ve que allá en un rincón Enriqueta (manos-crispadas-aferradas-a-cuerda) y su novio discuten o parecen discutir. Quién sabe. Lo seguro es que el viento agita su melena y suma puntos al atractivo de que la provee el berrinche.

—¿Sabes bailar?

—Sí —pero al instante Socorro reniega del "sí", pues los dolores de la menstruación le han quitado las pocas ganas que tenía de bailar, y si Abelardo la invita tendrá que pretextar cualquier cosa, pero mejor al mal tiempo darle prisa—. Pero no me gusta.

—Ah.

Termina la sabrosa y no menos repetitiva Dinamita y en seguida gira el "Diseñador de música". Como si pretendiera llamar la atención (aunque inconscientemente, acota Socorro) Abelardo escupe en la cubeta y luego ofrece a Socorro un chicle.

—No, gracias.

—Aunque sea uno.

—No. De veras.

—¿Me lo vas a despreciar?

Por un momento, algo así como un batacazo de la caja de ritmos, sus miradas resbalan una sobre la otra, con la consecuente pérdida de equilibrio, que apenas les permite, torpes y atarantadas, caer sobre los chicles.

—Son de yerbabuena.

—¿Y si tienen toloache?

—Por eso.

Las parejas se aplican en el baile, sonriendo como entre nubes, quizá imaginándose en una pista reluciente y sudorosa, con luces multicolores y vapores de hielo seco. Abelardo bosteza de nuevo. De nuevo y de viejo, Abelardo bosteza, y allá en el fondo su campanilla repica silenciosamente. Por lo que Socorro se comprueba aludida y, aferrada a las cadenas de flores de papel que cuelgan bajo la lona, lamenta que su garganta se haga bolas en su afán de hilvanar la plática.

—¿Y tú, sabes bailar?

—Ni los ojos.

Socorro reprime su risa, pero la risa, irreprimible, salta la cerca y Abelardo, crecido, la espolea con no muy aguda socarronería.

—Pero no me gusta.

—No te burles —propone Socorro con madrugadora animación, que el chicle se encarga de elevar a la segunda potencia.

El diseñador termina de diseñar y las parejas se abalanzan sobre las sillas que, modositas, esperan ser utilizadas. Por la entrecala derecha, irreversible y sonriente, el tío se acerca a los chiclistas.

—Con razón me dijo Queta que estabas ocupado. ¿Por qué no bai-



lan? Oye, Abe, qué mal anfitrión eres ¿eh?, ándale, saca a bailar a tu amiga, ¿o es tu novia? No seas aguado, hombre.

—Nomás que empiece la otra, tío.

—Así me gusta, pamba al que no baile.

Tibia y pegajosa la sonrisa que Socorro embarra en la espalda del tío. Tibia y tristonosa sonrisa que no regatea su buena dosis de burla-desprecio. ¿Desprecio por quién?, ¿por mí o por el tío?, ¿o por los dos? pst, da lo mismo, y Abelardo paladea otra vez aquella cercanía, aquel confianzudo desenfadado que vio su primera luz en el baño.

—Vamos por unos chescos ¿no?

Abelardo entra a la casa y saca dos refrescos. El frío de la botella se une al del viento y da por resultado la carne de gallina de Socorro.

—Aquí espérame ¿no?, voy a echarle una ojeada al chiquero.

Junto a la puerta, por donde entran y salen invitados, y bajo el foco de la marquesina, Socorro descubre que no sabe qué hacer con el refresco ni consigo misma. No desea que se la trague la tierra, claro, pero por lo menos se sitúa desubicada, fuera de ambiente y de ritmo, extraviada en el barullo de una pachanga a la que asiste casi casi por obligación, por puro compromiso, mana, y entonces recuerda su propósito de largarse apenas pasara al escusado, y como no le cuesta nada enfocar el motivo que la tiene y la retiene ahí paradota como una perfecta babosa, escupe el chicle con soberano y olímpico desdén.

Abelardo ya regresa. "Orita retacho", informa el muchacho, y se sigue de largo, pero tan comedido como es, no tarda en volver. Pone la



cubeta en el suelo y, valiéndose de sus dientes, destapa los refrescos. Mientras bebe, por encima y al fondo de la botella Queta y su novio juegan o parecen jugar a "a que no me agarras", separados metafóricamente por una de las cuerdas que sujetan la lona. Vientos, berrinchitos, para qué amargarse la vida por unos seres tan queridos como éstos. El "éstos" coincide con el pregón del sonidero que, amplificado, anuncia el primoroso vals de la prima Chayo, mejor conocida como la quinceañera.

—Se acerca lo mero bueno.

—Sí ¿verdad?

Ensimismado, Abelardo realiza un extrovertido eructo; luego, aburrido, escupe el *Adams* estilo americano.

—¿Dónde conociste a Chayo?

—No la conozco. Bueno sí, desde hoy la conozco aunque sea de vista.

—Si quieres te la presento.

—Me invitó una amiga —Socorro flexiona un pie y cuelga hacia atrás la mano que sostiene el refresco— pero no vino.

—Ah.

—No me crees ¿verdad?

—No, sí. ¿Por qué no vino?

—No sé. Quedamos de vernos aquí, pero ya ves. Dijo que me presentaría a Chayo y unos amigos y no sé qué tanto... Bonita metida de pata ¿no?

—Así es, tanto que si no la metes nunca te hubiera conocido.

—Sí ¿verdad? —y su sonrisa repite limpiamente esa mezcla de tristeza y desprecio— ¿Es tu hermana?

—¿Chayo?

—Ajá.

—Es mi novia —pero Socorro echa mano de su incredulidad y Abe-

lardo tiene que reconocer que su ocurrencia no es tan risible. No te creas, es mi prima. ¿Quieres un refresco de otro sabor?

—No, es que... está muy frío.

—Si quieres lo pongo en mi sobaco, digo, para que se caliente.

—Gracioso.

Sinceramente apendejado, y temeroso de perder terreno, Abelardo recurre a la confidencia.

—Chayo y su familia viven a dos o tres cuadras de aquí (tú dónde vives ¿eh?), en una vecindad. Como no quisieron hacer su fiesta en patio ajeno, le pidieron a mi hermana el favorcito.

—¿Tu hermana?

—Es aque... ¿Dónde están? Ya se me escondieron.. Ahí está, en aquel rincón.

—¿Es su esposo?

—Su novio —dice Abelardo, medio extrañado por los extraños movimientos arrinconados de la pareja.

—¿Y tus papás?

—¿Mis papás?

—Ajá.

—Ya se murieron. Los aplastó el Hospital Juárez el día del temblor.

Por primera vez se miran de frente. En unos segundos, Socorro recorre la cara de oso chistosa y amarrada (quizá hubiera remado y echado migajas a los cisnes en el café claro de los ojos, pero un vistoso barro en la punta de la nariz la distrae y vuelca su travesía). Por su parte, juguetón y fiestero, el viento sacude el polvo y la somnolencia a la lona.

—Estuvo muy feo ¿no?

—Gachísimo.

—¿Y no los extrañas?

—Pues... la mera verdad, no.

Enriqueta todavía les llora, a veces, pero yo...

El "Danubio azul" fluye apacible y melancólico; los invitados aplauden y ovacionan los giros y caravanas de Chayo y sus chambelanes; Enriqueta y su novio se mantienen arrinconados y melosos; y Abelardo, mirando el perfil de escuincla desamparada que ostenta Socorro, se la imagina para siempre encorvada, para siempre friolenta, con un pie flexionado y el estorbo fresco en la mano. Desprende un enraizado suspiro, que hace voltear a Socorro y mirarlo como a la expectativa, cosa que Abelardo aprovecha para...

—¿Quieres ser mi novia?

Y el viento para, juguetón y fiestero, derribar la lona sobre la quinceañera y sus aclamadores.

Por este lado de la moneda, Socorro se mantiene firme; por el otro, con el pretexto de "me asusté mucho, mami", Chayo da rienda suelta a un rabioso caudal lacrimoso que arrasa con el puto viento, la pinche lona, el idiota de papá que no sabría ni amarrarse las agujetas y los estúpidos chambelanes que ni por equivocación se imaginan lo que es cumplir quince años una vez en la vida. Pero no tanto, pues en la boca socorriana se retuerce la mueca que engatiza al pretendiente y lo hace pensar que lleva las de ganar y a modo de celebración bebe de un jalón el resto de su fresco.

No, mana, no se rompieron las cuerdas, el viento las desató, bueno, es un decir ¿no? Un decir, como los varios que, con seria aflicción, se sugieren a fin de explicar el desastre y, de pasadita, consolar a la inconsolable Chayo. Como por ejemplo: a lo mejor los traviesos chamacos afloja-

ron los nudos y el viento terminó de desatarlos, o el compadre no los apretó como se debe, cómo no, compadre, si les hice un nudo de marinero, o algún vecino envidioso se metió y, quién sabe, comadrita, quién sabe. Sea lo que sea, el tío Tobías encabeza el intrépido escuadrón que más rápido que pronto reinstalará la lona y entonces sí, a desagraviar a Chayo.

Por su parte, más enrachado que consternado, Abelardo ha tomado la decisión de no desviarse del tema.

—¿Qué dices? ¿Se hace o no se hace?

—Pobre Chayo, ¿verdad?

—Cosas que pasan.

—¿No vas a ayudarles?

—No. Estoy esperando tu respuesta.

—¿Eh?

—Que cuándo nos vemos.

—Es muy pronto ¿no?

—Pá luego es tarde, ya sabes.

—No... No sé... Di tú...

—Mañana si quieres, es domingo.

—¿Dónde?

—En... en el parque ¿no? ¿Puedes a las cuatro?

Socorro da el "sí" con la cabeza y el fresco en la mano; se va por la orilla del patio, cuidando de no estorbar al laborioso escuadrón. Abelardo se empina la botella cuando nota que su hermana lo mira, no sabe si le guiña el ojo por Socorro o por Chayito la Desgarrada.

